

La obra de la reedificación marchaba con rapidez asombrosa, y Hernan Cortés miraba con dulce satisfacción los adelantos de ella, acariciando la lisonjera idea, dice á Cárlos V en su tercera carta, «de que llegase por su importancia y belleza, á ser la primera ciudad de la Nueva-España, como lo habia sido antes de la conquista (1).»

Agradecidos los mejicanos á las consideraciones que se les tenia, cosa no acostumbrada entre ellos con los pueblos vencidos, se manifestaban contentos, y se mostraban empeñosos en la fabricacion de los nuevos edificios. Valientes y patriotas, habian combatido contra los españoles hasta el grado mas heróico. Llenos de gratitud «al constante afan que el caudillo castellano tenia, como él dice, en honrarlos y favorecerlos, trabajaron con asiduidad y acierto en el embellecimiento de la moderna capital.» Todos los aztecas que se hallaban esparcidos por el valle, se apresuraron á volver al lugar en que habian vivido en su época de prosperidad; y á los dos años de haber empezado la reedificación, habia en la nueva ciudad ciento cincuenta mil habitantes aztecas (2). Hernan Cortés les dió, como dice á Cárlos V, «notables libertades y exenciones,» produciendo esta sabia medida brillantes resultados, «pues

(1) «Que como antes fué principal y señora de todas estas provincias, que lo será tambien de aquí adelante.»—Tercera carta de Cortés.

(2) «Y he trabajado siempre de honrarles y favorecerles; y ellos lo han trabajado y hecho tan bien, que hay hoy en la ciudad poblados hasta treinta mil vecinos.» (Cuarta carta de Cortés). Que no hay exageracion en el número se ve claramente, al saber, como diré mas adelante, que pocos meses despues envió á Gonzalo de Sandoval á pacificar el Pánuco con dos cuerpos de mejicanos, con quince mil hombres cada uno, así como veremos partir al mismo Cortés con cuarenta mil mejicanos hácia el Pánuco.

aumentaba diariamente la poblacion, viviendo muy á su placer, sacando un buen jornal los carpinteros, albañiles, los plateros y todos los que tenian algun arte, oficio, ó industria (1).»

No habia pueblo en el espacioso valle, que no hubiese enviado un número considerable de habitantes á la reedificación de la demolida capital. Cada señor ó cacique disponia de sus vasallos para edificar sus palacios; y como todos anhelaban obsequiar el deseo de Hernan Cortés, con quien habian concurrido á la destruccion del imperio azteca, procuraban distinguirse en la actividad desplegada en la construccion de los edificios. Bastó una indicacion del caudillo español, para que acudiesen á dar principio á la obra centenares de señoríos; y «tanta fué la gente que, segun Fray Toribio Motolinia, andaba en la obra, que apenas podia un hombre romper por algunas calles y calzadas, á pesar de ser muy anchas (2).» El jefe castellano correspondia al empeño de los nativos manifestándoles su agradecimiento (3).

La organizacion civil de la ciudad quedó formada desde

(1) «Y hélos dado tantas libertades y exenciones, que de cada dia se puebla en mucha cantidad, porque viven muy á su placer, que los oficiales de artes mecánicas, que hay muchos, viven por sus jornales, entre los españoles; así como carpinteros, albañiles, canteros, plateros y otros oficios; y los mercaderes tienen muy seguramente sus mercaderías y las venden.»—Cuarta carta de Cortés.

(2) Hist. de los indios, MS.

(3) No hay justicia para admitir lo que algun escritor moderno ha dicho, asegurando que usó de rigor para adquirir el crecido número de operarios que acudieron á la reedificación. Todo lo contrario se desprende de lo que asegura en sus cartas á Cárlos V y de lo que dice el franco Bernal Diaz. Ni era lógi-

este mismo año de 1522, con la creacion del ayuntamiento, que residió en Coyohuacan hasta dos años despues.

En medio de la justa satisfaccion que el caudillo español sentia al ver levantarse de entre las ruinas de la ciudad antigua, otra mas espléndida, elegante y sólida, recibió la triste noticia de la muerte del rey de Texcoco, D. Fernando Ixtlilxochitl. El monarca texcocano fué un amigo leal que tomó un participio activo en la toma de la capital de Méjico. Consagraba á los castellanos un aprecio íntimo, y siempre se mostró franco y generoso con ellos. Su muerte fué muy sentida por todos los españoles, con quienes se complacia en tratar (1). La eleccion para sucederle en el trono, recayó, por parecer de los grandes y de la nobleza texcocana, en nombre del rey de España, en su hermano D. Cárlos Ixtlilxochitl, jóven y valiente general que se habia distinguido por su valor en el sitio de Méjico, llamando con su denuedo y arrojo la atencion de los españoles. Adicto, como el finado monarca, á los castellanos, cuyo trato buscaba de continuo, se esmeró en proporcionar el número mayor de operarios que le fué

co que los pueblos que habian acudido contentos para ayudarle á destruir la capital; que habian edificado centenares de casas en los campamentos españoles durante el sitio; que se habian retirado contentos con el botin alcanzado en la toma de la capital, y que estaban interesados en que no volviesen á predominar los mejicanos, para no sufrir venganzas y castigos terribles, se mostrasen reacios para el trabajo.

(1) «Despues que se tomó la ciudad de Tenuxtitan, estando en esta de Coyohuacan, falleció D. Fernando, señor de Tesaico, de que á todos nos pesó, porque era muy buen vasallo de V. M. y muy amigo de los cristianos.» —Tercera carta de Cortés.

posible para la reedificacion de la moderna capital (1).

Al placer que el caudillo español disfrutaba al ver la rapidez con que iba embelleciéndose la moderna Tenochtitlan, que segun Cortés «estaba ya muy hermosa» á los cinco meses de haberse empezado á fabricar, se unia el no menor que le proporcionaban las lisonjeras noticias enviadas por sus capitanes, ponderando la riqueza de las diversas provincias en que estaban, y la afabilidad de sus habitantes. Solamente una parte del territorio de Pánuco se manifestaba hostil. Sus habitantes se habian ofrecido por vasallos del rey de España á los pocos dias de haber llegado Hernan Cortés al país; pero no se manifestaron igualmente adictos á los soldados de Garay, á quienes obligaron á reembarcarse, matando á muchos de ellos y obligándolos á alejarse de sus playas.

Terminada la toma de la capital azteca, varios embajadores de diversas poblaciones de la misma provincia se presentaron á Hernan Cortés en Coyohuacan explicando su conducta. Manifestaron que habian hecho armas con-

(1) Un apreciable escritor mejicano, D. Ignacio Alvarez, en una interesante historia de Méjico publicada hace muy poco, dice, siguiendo la opinion del padre Cabo, que «Cortés por su propia autoridad nombró señor de aquella ciudad al príncipe D. Cárlos Ixtlilxochitl,» y que «para darle esta investidura de autoridad, le impuso la condicion de que mandara á la reedificacion de Méjico los carpinteros y demás artesanos necesarios.» Yo he seguido en este pasaje, lo mismo que en todos, á los que figuraron como importantes actores y tenian precision de saber lo que pasaba. Hé aquí, pues, lo que dice Cortés á Cárlos V en su carta tercera: «Y con parecer de los señores y principales de aquella ciudad y su provincia, en nombre de V. M. se dió el señorío á otro hermano suyo menor.» Respecto á la condicion, no habia necesidad de que la hiciera, puesto que era una de las personas que mas se distinguieron por su afecto á Cortés durante el sitio.

tra la gente de Garay, porque les habian causado algunos daños, y comprendieron que no pertenecian al ejército de Malinche, siempre atento con sus aliados. Justificada con esta disculpa su conducta, aseguraron á Cortés que le serian siempre fieles, y que si deseaba enviar soldados de los suyos, les atenderian y servirian en todo cuanto necesario fuese. Los comisionados terminaron pidiendo á Cortés, en prueba de adhesion hácia su persona, que les diese algunos hombres blancos, así para ponerse al abrigo de toda venganza de parte de Garay, cuya vuelta temian, como para defenderse de algunos pueblos comarcanos que les ofendian (1).

No teniendo el caudillo español en aquellos instantes gente que darles, por haberla repartido en distintas provincias, les prometió obsequiar su deseo lo más pronto posible. La promesa les halagó; pero no viéndola cumplida en el breve plazo que ellos hubieran querido, volvieron á presentarse á los pocos dias con la misma solicitud. Anhelando alcanzar lo que pedian, suplicaron á Hernan Cortés que, así como habia enviado españoles á otras provincias para poblarlas, enviase tambien á la de ellos, pues sufrían

(1) «Algunos de los naturales de aquellas partes» (Pánuco) «habian venido á mí á disculparse de aquellas muertes» (las cometidas en los soldados de Garay) «diciéndome que ellos lo habian hecho porque supieron que no eran de mi compañía, y porque habian sido dellos maltratados; y que si yo quisiese allí enviar gente de mi compañía, que ellos los tendrían en mucho y los servirían en todo lo que ellos pudiesen, y que me agradecerían mucho que los enviase, porque temían que aquella gente con quien ellos habian peleado, volverían sobre ellos á se vengar, como porque tenían ciertos comarcanos sus enemigos, de quien recibían daño.»—Cuarta carta de Cortés.

continuas vejaciones y terribles daños de los que habitaban en las márgenes del rio Pánuco, no obstante pertenecer á un mismo territorio. Añadieron que las hostilidades que sufrían de los que habitaban en la parte del rio, no reconocían otro origen que el haberse declarado vasallos del monarca de Castilla (1).

El caudillo español se encontraba ya en posibilidad de obsequiar los deseos de los solicitantes. Habían llegado algunos soldados del puerto de la Villa-Rica, y podía enviarles inmediatamente. Siempre habia sido el deseo de Hernan Cortés poblar el Pánuco, pues entrando el rio en la barra de Tampico, presentaba condiciones para formar un buen puerto, que era el objeto del jefe castellano. En los momentos que se disponía á enviar un capitán con la suficiente fuerza al sitio referido, recibió una alarmante noticia. Supo, por un buque llegado á Veracruz, que el almirante Diego Colon, hijo del descubridor del Nuevo-Mundo, el gobernador de Cuba Diego Velazquez y el adelantado Francisco de Garay, habían dispuesto enviar una respetable expedición al Pánuco, para evitar que Hernan Cortés extendiese hasta allá su poder. Garay fué el que debia ir al frente de la flota que él mismo reuniría en la isla de Jamaica. El caudillo español, queriendo evitar que se repitiesen las escenas de guerra civil y de funesta dis-

(1) «Y dende á pocos dias tornaron á venir, ahincándose mucho que, pues que yo enviaba españoles á poblar á muchas partes, que enviase á poblar allí con ellos; porque recibían mucho daño de aquellos sus contrarios, y de los del mismo rio que están á la costa de la mar; que aunque eran todos unos, por haberse venido á mí les hacían mal tratamiento.»—Cuarta carta de Cortés.

cordia que se efectuaron cuando la expedición de Pánfilo de Narvaez, escenas que podían ser de perjudiciales resultados y motivo de alboroto entre los pueblos que habían ofrecido la obediencia, resolvió marchar él mismo al sitio amenazado. La cuestión era delicada para confiarla á ninguna otra persona, por prudente y enérgica que fuese, y creyó, como él dice á Carlos V, «que debía marchar en persona, porque así, cualquiera de los jefes que desembarcase, se encontraría con él antes que con ningún otro, con lo cual podría, como nadie, excusar el daño.»

Tomada la determinación de partir, dejó en Coyohuacan una persona que velase por el buen orden durante su ausencia, y se puso en camino, al frente de ciento veinte jinetes, trescientos infantes y cuarenta mil guerreros mejicanos. Así los bravos escuadrones que habían combatido contra él, defendiendo heroicamente la capital azteca, marchaban bajo sus banderas á hacer sentir la fuerza de sus armas á los pueblos que en un tiempo habían sojuzgado. El dirigirse Hernán Cortés á la pacificación de una provincia lejana, llevando de auxiliar un numeroso ejército mejicano, pasando por provincias sujetas pocos meses antes al imperio, revela que las consideraciones usadas con los valientes hijos de la nación vencida, le habían captado el aprecio de los que fueron sus contrarios. De otra manera, hubiera sido imposible que los indómitos soldados aztecas que acababan de patentizar al mundo su esfuerzo y su constancia, dejaran de destrozar á la corta fuerza castellana que con ellas iba. La confianza de Cortés en ellos y la buena voluntad con que los mejicanos marchaban en esas expediciones, arguyen en contra de las descripciones

hechas por algunos autores modernos, haciendo representar á los aztecas un papel de humillaciones que jamás hubieran sufrido. Les había dejado sus autoridades, á las cuales, como se ha dicho y refiere el mismo conquistador, «se les había dado señorío, tierras y gente, honrándoles y favoreciéndoles siempre;» y estas atenciones, unidas á las libertades y exenciones que también se les dieron por el político caudillo español, trajeron por resultado, como asegura á Carlos V, «que viviesen muy á su placer (1).»

La expedición marchó sin obstáculo hasta Coscatlan, á la entrada de la Huasteca, veinticinco leguas antes de llegar al puerto. Un numeroso ejército se presentó en la llanura á disputar el paso á los españoles y mejicanos; pero fué vencido, y Hernán Cortés llegó hasta el río Pánuco, acompañado de los embajadores que enviaron á su encuentro los pueblos amigos que habían solicitado su auxilio. El caudillo español se situó con su gente en una ciudad llamada Chila, que había sido incendiada, y en donde fué desbaratado el capitán que desembarcó con la gente de Garay. La población se hallaba á cinco leguas del mar, en un sitio pintoresco y ameno. Siguiendo su política conciliadora y prudente, envió diversos mensajeros á la otra parte del río y á los pueblos de las lagunas de Tampico y Tamiagua, invitando á los caciques á que se presentasen de paz, asegurándoles que ningún daño se les

(1) «Y así me partí con ciento y veinte de caballo, y con trescientos peones y alguna artillería, y hasta cuarenta mil hombres de guerra de los naturales de esta ciudad y sus comarcas.»—Cuarta carta de Cortés, escrita en la nueva capital de Méjico.

haria por las hostilidades contra los soldados de Garay. Quince dias permaneció el general castellano procurando que dejasen su actitud hostil; pero lejos de atender á sus proposiciones, maltrataron á los mensajeros, y aun dieron muerte á varios de ellos (1). Al obrar así los huastecos, confiaban en el número crecido de escuadrones con que contaban para la lucha, con su valor y con las ventajas del terreno en que se habian propuesto combatir. Hernan Cortés, contando con algunas canoas, pasó de noche y sin ser sentido el rio, dejando una parte de su fuerza en la poblacion en que habia establecido su real. Los huastecos, al ver al siguiente dia á los ginetes españoles y á la infantería, del lado del rio en que ellos se hallaban, se lanzaron al combate con terrible furia. «Nunca, dice Cortés, habia visto acometer con denuedo igual, en campo libre, desde que habia pisado el territorio de la América.» Dos caballos le mataron en la lucha, y diez mas quedaron malamente heridos; pero sintiendo el estrago de las ballestas y de los arcabuces, y viéndose acometidos por los escuadrones mejicanos, emprendieron la fuga, dejando considerable número de muertos sobre el campo.

El ejército pernoctó á distancia de tres leguas del real, en un pueblo que habian abandonado sus habitantes. En los *teocallis* en que se ostentaban sus monstruosas divinidades, encontraron los soldados españoles varios objetos pertenecientes á la tropa de Garay. Al siguiente dia se dirigió el general castellano á una hermosa ciudad que

(1) «Antes maltrataron los mensajeros, y aun mataron algunos dellos.»—Cuarta carta de Cortés.

parecia abandonada por sus vecinos. El general destacó diez ginetes para que entrasen en la poblacion por el camino recto, mientras él con la demás fuerza, se dirigia por un lado de la laguna. En el momento en que los españoles penetraron en la ciudad que parecia abandonada, salieron de las bocacalles, plazas, edificios y *teocallis*, millares de escuadrones, descargando una tempestad de flechas sobre sus contrarios. La lucha fué terrible. Tres veces fueron desbaratados los huastecos por la caballería, y otras tantas volvieron á rehacerse continuando el combate. Formando cuerpos compactos, fijando una rodilla en tierra, sin lanzar un grito ni pronunciar una palabra, esperaban á la caballería con sus largas lanzas y arrojando un diluvio de flechas. Un corcel habia muerto, y casi todos los demás estaban heridos. El combate continuó con la misma obstinacion por largo tiempo; pero al fin cedieron los huastecos, emprendiendo la retirada con el mayor orden (1). La entrada, por sorpresa, en otra ciudad, situada en la laguna, en donde pereció considerable número de huastecos, les obligó á solicitar la paz, ofreciéndose por vasallos del rey de Castilla.

Pacificada la provincia, Hernan Cortés buscó el punto mas conveniente de ella para formar un pueblo. Elegido el sitio, fundó en él una villa con el nombre de San Es-

(1) «Y pelearon tan reciamente, que nos mataron un caballo y hirieron casi todos los otros y muchos de los españoles; y tuvieron tanto teson en pelear, y duró tan gran rato, que aunque fueron rompidos tres ó cuatro veces, otras tantas se tornaron á rehacer; y fechos una muela, hincaban las rodillas en el suelo, y sin hablar y dar grita, como lo suelen hacer los otros, nos esperaban.»—Cuarta carta de Cortés.

téban del Puerto, que sin duda fué la villa de Tampico. Nombrados los regidores y alcaldes de entre las personas que quisieron quedarse á colonizar, dejó una fuerza de treinta ginetes y cien infantes, con un buque lleno de comestibles de España.

Dadas sus instrucciones al jefe que dejaba de gobernador de la plaza, volvió Hernan Cortés á Coyohuacan para ocuparse de los negocios pertenecientes al buen servicio del monarca y á la reedificacion de la ciudad.

En medio de la satisfaccion que le proporcionaba la adquisicion de numerosas, ricas y desconocidas provincias con que extendia los dominios de la corona de Castilla, le inquietaba el no ver asegurada su autoridad por una disposicion del monarca. Habian transcurrido ya dos años desde que envió de Veracruz á los comisionados Portocarrero y Montejo, y no habia recibido contestación ninguna. La autoridad que ejercia y á la que las circunstancias le habian dado una importancia notable, no descansaba todavía mas que en la frágil base del nombramiento del ayuntamiento de Veracruz, ó mejor dicho, en el consentimiento de su ejército, cuyo aprecio y adhesion se habia conquistado con sus extraordinarias cualidades personales. Ignoraba el juicio que el soberano y la nacion habian formado de la conducta observada con el gobernador de Cuba, su implacable enemigo, y lo incierto de su posicion personal, preocupaba altamente su imaginacion. Mientras su mando no descansase sobre los sólidos fundamentos de una disposicion real, se veia expuesto á ver desembarcar en las provincias de la costa que reconocian su autoridad, nuevas expediciones enviadas por Velaz-

quez. Sin duda que llamará la atencion el que permaneciesen casi ignorados en España los grandes hechos del caudillo castellano y sus valientes soldados, y que apenas se hiciese mencion de las ricas provincias agregadas en las auríferas regiones de aquella parte del Nuevo-Mundo, á la corona de Castilla. Sin embargo, la explicacion de esa falta de publicidad es en extremo sencilla. La España se hallaba entonces envuelta en las agitadas cuestiones de las comunidades que absorbian la atencion pública, y Carlos V se hallaba en Alemania, entregado á los negocios del imperio, habiendo dejado los de su propio reino á la direccion, como he dicho, de su ayo el cardenal Adriano de Utrecht. Puede decirse, por lo mismo, que los asuntos relativos á las Indias, se hallaban encomendados al obispo de Búrgos, Don Juan Rodriguez de Fonseca, y como á este favorecedor de Velazquez, le interesaba no dar publicidad á los notables servicios de Hernan Cortés, los importantes hechos del conquistador de Méjico eran casi desconocidos.

Deseando poner su autoridad fuera del alcáncance de sus enemigos y de las intrigas del gobernador de Cuba y del obispo de Búrgos, escribió su tercera carta, con frecuencia mencionada en esta obra, escrita en el mismo estilo sencillo, claro, veraz y enérgico que caracteriza sus escritos, los cuales han hecho que, con razon, se le compare con César que, en sus comentarios, ha sido su propio historiador. En esa carta, fechada en Coyohuacan el 15 de Mayo de 1522, refiere con una sencillez que revela su modestia y su capacidad, los importantes sucesos del sitio de la capital, sus subsecuentes operaciones, acompañadas,

como de costumbre, de oportunas reflexiones respecto de los recursos del país y del carácter de sus habitantes, y manifestando los grandiosos proyectos que de nuevo habia concebido desde el descubrimiento del mar del Sur. En ella el general castellano hace un notable elogio de la inteligencia y talento de los habitantes de los diversos reinos que se extendian por las vastas regiones de aquella parte de la América, diciendo «que eran de mucha mas capacidad que los nativos de todas las islas hasta entonces descubiertas.»

Con esta carta se propuso enviar al emperador el quinto del oro y joyas del botin alcanzado en la toma de la capital, así como de los presentes que los señores de las provincias habian mandado al ofrecerse por vasallos del rey de España. Como entre los despojos de la guerra habia rodela de oro de caprichosas formas, penachos, plumajes y diversos objetos de notable mérito, creyó Hernan Cortés que deshacerlos para separar la parte correspondiente á la corona, era sacrificar el mérito al interés; y no dudando que una súplica suya bastaria para que sus soldados sacrificasen el interés material á la satisfaccion que al monarca le causaria la vista de las obras mejicanas, les llamó. Reunidos todos, el jefe castellano les manifestó lo satisfactorio que le seria al monarca poder admirar las obras del arte ejecutadas por los aztecas, y el deseo de que cediesen su parte, como él cedia la suya, en obsequio del soberano. No hubo uno solo que hiciese la mas ligera objecion á las palabras del general. Todos accedieron gustosos y cedieron su parte con el desinterés mas franco. Aquellos mismos que habian pedido que se diese tormento á Guate-

motzin, solicitando la parte de oro que les tocaba en el botin, cedian ahora generosos la porcion que les pertenecia. Los que entonces aparecieron crueles por avaricia, ahora se presentaban ajenos á ella y desprendidos. Acaso fueron entonces exigentes, mas que por codicia de oro, porque juzgaron que les defraudaban vilmente la parte que les correspondia. Los hombres, cuando se creen engañados, no guardan consideraciones ni respeto á las personas de quienes sospechan, por caracterizadas y dignas que sean. Por eso se deben censurar con toda la energia de la desaprobación, esos actos cometidos sin dar entrada á la fria reflexion que debe preceder á todas las determinaciones.

Entre las exquisitas joyas destinadas como regalo al soberano, se destacaba, dice Gomara, una esmeralda, cuadrada, de extraordinario tamaño, que remataba en punta como pirámide (1). Por esmeralda notable fué tenida en efecto en aquella época en que se tenian pocos conocimientos de mineralogía; pero en realidad no era otra cosa que jade ó serpentina, cuyo color tiene alguna semejanza con la preciosa piedra con que la confundian. En Méjico no habia ni hay esmeraldas, y aun existen en poder de algunas personas curiosas de la actual república mejicana, piedras iguales á las que en tiempo de la conquista se consideraban como finas y valiosas esmeraldas (2). Nada

(1) «Sirvieron al emperador con muchas piedras, y entre ellas con una esmeralda fina, como la palma, pero cuadrada, y que se remataba en punta como pirámide.» (Gomara, Cron.)

(2) «En nuestra república no hay esmeraldas, y las que se tenian por tales, en tiempo de la conquista, eran jade ó serpentina, cuyo color tiene algu-